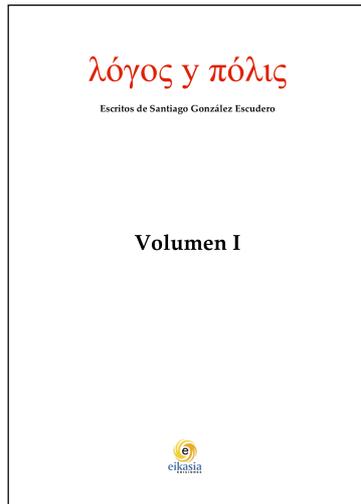


## Santiago González Escudero, el filosofar de la filología

Silverio Sánchez Corredera. Doctor en Filosofía



### λόγος y πόλις.

Escritos de Santiago González Escudero

Santiago González Escudero y editores

Eikasía Ediciones, Oviedo, 2019, 436 páginas

λόγος y πόλις, *Logos y Polis*, es el primer volumen recopilatorio de los escritos del que fuera un profundo conocedor del mundo griego, Santiago González Escudero, que falleció en 2008, prematuramente, con 62

años, cuando ejercía de Decano de la Facultad de Filosofía de Oviedo. Leonés trasladado al norte, es primero catedrático de Griego en varios institutos de Asturias y, a la par y después, profesor de la Universidad de Oviedo, donde impartió Historia Antigua, Historia filológica de la Filosofía e Historia de la Filosofía Griega. Los colaboradores de la edición, Bárbara Álvarez, Noelia Bueno, Salvador Centeno, Manuel Gereduz, Montserrat Ibarra, Román García Fernández y Enrique Suárez Ferreiro, nos presentan ahora en este volumen sus primeros veinte artículos, desde 1971 hasta 1999, redactados entre los 26 y los 53 años.

Llega hasta nosotros su personal «carácter», mientras recordamos sus continuas aclaraciones filológicas: «carácter, *Kharaktér*, designa al grabador de monedas que en ellas imprime una imagen». Inigualable en la capacidad para desmitificar los contenidos falsamente inflados de ciertos términos de alcurnia semántica, en sus manos contorneados como palabras de la calle, conceptos prácticos, herramientas comunicativas. Quizá pudiéramos imaginar a un investigador que a fuerza de filología se va alejando de la filosofía, pero nos equivocáramos tras esa apariencia,

El presente artículo, reseña crítica de *λόγος y πόλις. Escritos de Santiago González Escudero* (Eikasía Ediciones, 2019), es una ampliación de: «González Escudero, un filólogo con textura de filósofo», *Cultura*, Suplemento de *La Nueva España*, nº 1295, jueves, 20 de febrero de 2020, pág. 1.

porque era muy al contrario, así lo señala Tomás Calvo en las páginas introductorias:

«[...] su figura intelectual constituye un caso particularmente significativo en el contexto de la relación entre filología y filosofía... [Y la posición que mantuvo podría definirse] como una hermenéutica en la cual la asimilación o aplicación filosófica de los textos no se pretende alcanzar de manera abstracta e inmediata, sino pasando siempre y en cada caso por la mediación científica de la filología.» (Páginas 7 y 9).

Cuando uno sigue el discurso de este astur-leonés y ve una argumentación bien trabada y tan compleja como exige cada asunto, tras su técnica filológica trasparece el meollo filosófico. Su filosofía surge no solo de su conocimiento del griego, sino en definitiva de su precisión, de su consistencia, de su arquitectura que integra lo gramatical (nivel primero) con lo conceptual (nivel segundo) y con, por último, las ideas filosóficas (nivel tercero: de relaciones conceptuales) que, imprimiendo sentidos unitarios (a veces diversos), son capaces de arrojar luz al asunto del que se trata. No en vano el sistema filosófico de Gustavo Bueno está impactando poderosamente sobre él, si bien combina esta influencia con una libertad ejemplar para investigar.

*Logos y Polis* es un profundo viaje a la historia de la filosofía antigua. Parménides, Empédocles, Platón, Aristóteles, Epicuro, Pirrón de Elis, los epicúreos, los estoicos, los escépticos, Plutarco... se nos aparecen en un retrato bien matizado, que nos recuerda al arte fotográfico, lleno de claroscuros bien contrastados, como los que Muel de Dios consigue en sus retratos.

Y no solo vemos autores, hay también paisaje, y comprendemos así con mayor hondura algunas ideas columnas vertebrales de nuestro pensar actual. Tomemos lo que significa «mito» en las manos de González Escudero: la tesis de Wilhelm Nestlé, sobre que hay un paso histórico del Mito al Logos, ha de ser reconocida de alguna forma, pues algo de verdad habría, aunque inmediatamente procede a hacer matizaciones y, en definitiva, una rectificación de fondo. Cuando se tiene un conocimiento profundo de Homero y de Hesíodo, padres de los mitos, porque han sido leídos en su lengua original y traducidos con todo el aparato crítico disponible, cuando todos estos contenidos se ponen en su contexto de transformación social e ideológica de entonces (huyendo de las interferencias perversas del presente) y cuando este mundo mitológico original llega a los Eurípides, Platón, Heródoto,

Aristóteles... todo ello bebido en sus fuentes, y hasta el Renacimiento y el siglo XX, cuando se abarca esa complejidad a la vez, entonces, se procede a una relación entre lo mitológico y lo filosófico-científico que, sin negar la confrontación entre dos modelos para ordenar los fenómenos, tiene que comprender su interinfluencia y su proceso lento de unas partes sobre otras. Simplificar o caricaturizar no es la opción.

Veamos algunos párrafos sobre el mito. Dice Escudero:

«[...] vamos a comenzar nuestro estudio analizando lo que los propios griegos entendieron con el término “*mythos*”.

“*Mythos*” significa “relato”, cualquier tipo de relato. Se trata de un término no marcado frente a “*epos*” (narración heroica) y ambos frente a “*ergon*” (hecho) tal como recoge Homero.

Y si bien su etimología es dudosa, el término abarca todos los aspectos generales del relato y se opone a “*istorie*”, palabra también de amplios sentidos, desde “investigación” hasta el más difundido posteriormente por la obra de Herodoto de “escrito narrativo a partir de informaciones”.» (Pág. 42).

Y más adelante:

«De esta manera y en consonancia con lo anteriormente expuesto, vamos a emplear el mito como un lenguaje, entendido en el sentido de construcción sistemática como lo definen Ducrov-Todorov en su *Diccionario [Diccionario enciclopédico de las ciencias del Lenguaje]*, pero no estableciendo un parangón con la lengua, al modo con el que los estructuralistas pretenden trabajar, que nos llevaría a establecer unidades mínimas (los “mitemas” de Lévi-Strauss) y a construir toda una gramática del mito (con sincronías desde el punto de vista de las líneas de parentesco, como hace Lévi-Strauss, o desde aspectos psicoanalíticos como hace Paul Diel). Se trata de un código que se apoya en la lengua en que se expresa y que complementa, amplía y desarrolla sus posibilidades hasta constituir por sí mismo un modo de comunicación intelectual y social; algo semejante a la función de la literatura que “ejemplifica la imposición de un segundo código sobre el lenguaje (por ejemplo, las imposiciones formales de la poesía o el relato); al mismo tiempo, utiliza las palabras (sobre todo en los tropos) como símbolos más que como signos”.»

El mito sería, según esto, una especie de nuevo lenguaje que sistemáticamente construye un modo poderoso de comunicación social, paralelo al que ejerce la

literatura, pero con su propia potencia de influir en el imaginario sincrónico popular y en el trasvase de creencias diacrónicas. Y más allá de aquilatarnos esta definición teórica, Escudero la pone en ejercicio al mostrarnos cómo en un transcurso de siglos, *illo tempore*, aparecieron los mitos órficos en el panorama de los mitos homéricos y cómo influyeron sobre la sociedad griega y fueron transformando las ideologías ambientes, en concordancia con los cambios sociales y políticos que se operaban en los siglos VII, VI y V a. C.

Pudiera haber también, entre los lectores más críticos, algún «escéptico» — término que también analiza maravillosamente, especialmente en «El escepticismo griego», en las páginas 381-410)—, algún escéptico, decimos, sobre la profundidad de esa filosofía que acompaña a su trabajo filológico. Leamos, entonces, el artículo dedicado a Parménides (sobre qué significa «es») o el dedicado a Platón (sobre el significado de lo «mismo»), en cuyos detalles no puedo entrar ahora porque aquí solo se trata de hacer la glosa necesaria que invite a su lectura directa y detenida. Con todo, veamos unos brochazos.

Un magnífico caso en el que lo filológico se convierte en filosófico se refiere a Platón y, en concreto, a cómo el demiurgo «modela» el mundo tomando las ideas como «modelo», pero, claro, utilizando los materiales de la *physis*. La traducción de Escudero huye de las hipótesis sin fundamento o de giros metafísicos inapropiados, que normalmente pone el propio intérprete, ya sea Burnet, Taylor, Cornford, F. Lisi o cualquiera de los otros que él revisa. Lo importante en la traducción de este admirado profesor es que el demiurgo es un artesano y que actúa como tal: consigue llevar a cabo una mezcla difícil, componiendo lo que aporta la naturaleza caótica cambiante y las ideas eternas inmutables, y ha de hacerlo mediante la «fuerza», y no de cualquier manera, sino inteligentemente, y aquí es donde entran los diferentes niveles considerados por Platón (que voy a condensar del siguiente modo, pues recoger todos los matices de su argumentación haría que me extendiera ahora en exceso): lo abstracto-teórico (el qué), lo abstracto-práctico (el cómo) y lo concreto-teórico-práctico o cosa definitivamente construida. La teoría de las ideas de Platón queda, de esta manera, ajustada a un modo de operar lógico (avanzar por dicotomías) y dialéctico (enlaces que se sostienen), cuyos componentes y articulación se ponen a la vista.

Lo mismo sucede con Parménides al traducir que hay una sola vía y no dos, y con tantísimas otras matizaciones trascendentales. Un filólogo con textura de filósofo, una bella y generosa persona, Santiago González Escudero esperamos el volumen II que tus discípulos te preparen. Y deseamos que todas las fichas de trabajo —que con tu muerte fueron al limbo— no se dejen perder: allí está la parte oculta de tu iceberg investigador.

eikasía